

## *Algo más que periodistas\**

Luis García Tójar

*Para una sociología de la prensa*

En 1910, Max Weber exponía en una conferencia titulada como estas páginas que los medios de comunicación, por entonces «la prensa», eran un fenómeno social imprescindible para comprender el desarrollo de las sociedades modernas, y que por tanto la mirada científica no podía permanecer ajena a ellos demasiado tiempo. Noventa años después, los profesores Félix Ortega y María Luisa Humanes presentan una obra dedicada al mundo del periodismo donde se recoge, en el proyecto y en el programa, el testigo dejado por los análisis de Weber.

*Algo más que periodistas* es uno de los (cada vez menos) escasos libros de la estantería Comunicación que abordan el periodismo desde un punto de vista social, es decir, inmerso como está en un conjunto contradictorio e inestable de procesos multilaterales (donde intervienen factores materiales, económicos, culturales...) donde se determinan sus usos, formas y desarrollos evolutivos. Toda la primera parte, «Los marcos de la acción periodística», es un camino de lo más general a lo más específico del perio-

\* Félix Ortega y María Luisa Humanes, *Algo más que periodistas*, Barcelona, Ariel sociología, 2.200 pesetas.

**La balsa de la Medusa**, 55-56, 2000.

dismo. Tras ese preámbulo, los capítulos 5 y 6 (y el anexo final) ofrecen de manera ordenada un compendio de la más reciente información sociológica sobre los periodistas españoles, que dicho sea de paso tampoco es demasiado abundante: la primera investigación sociológica aplicada digna de tal nombre fue realizada por la Asociación de la Prensa de Madrid en 1990, ochenta años después de la conferencia de Max Weber.

El libro plantea de inicio que una serie de transformaciones sociales que afectan a todos los niveles de la vida han situado a los periodistas —aquellos profesionales cuyo trabajo principal es producir información para los medios de comunicación, con independencia de su formación, titulación o retribución— en una posición social de suma importancia: nada menos que como fuentes de sentido del modo de conocimiento dominante aquí y ahora: la experiencia mediática, falsa forma de experimentación que no se basa en la práctica sino en la aprehensión individual de una serie de contenidos producidos y difundidos para una masa homogénea. Esta nueva posición convierte a los informadores en *algo más que periodistas* y justifica que la mirada científica se detenga especialmente sobre este peculiar grupo.

Los periodistas son actualmente «una nueva categoría de intelectuales» que goza de una forma peculiar de poder simbólico. En tanto que gestores del capital propiedad de la gran institución comunicativa (necesitan de ésta para realizar su trabajo), los periodistas ejercen su poder siempre por delegación. Estos nuevos intelectuales, cuya fuerza devora sin cesar los

espacios tradicionales de la producción cultural, han visto precarizarse sus condiciones de trabajo (con la consecuente elitización de algunos elegidos) hasta niveles que a poco se aproximan a los de la prehistoria profesional. Aquello que Bourdieu ha llamado heteronomización del campo de producción cultural supone que los periodistas ejercen más poder que nunca desde una posición mucho más débil que antes. Los medios de comunicación posibilitan el (casi) único nexo de relación social grupal en unas sociedades cada vez más individualistas que requieren cada vez menos de la participación activa de los ex-ciudadanos.

### *Organizaciones ideológicas*

Como grupo profesional, los periodistas mezclan las dos modalidades teóricas propuestas por Max Weber en *El político y el científico*: son «organizaciones» cuando actúan, de manera solidaria y corporativista, produciendo un progresivo cierre endogámico, mediante una racionalidad orientada a fines que determina una ética de la responsabilidad; son «grupos ideológicos» cuando su cohesión responde a la defensa de ciertos principios, lo que, además de provocar un parecido cierre social (o al menos una división entre nosotros y ellos), les obliga a moverse por acciones orientadas a valores que concluyen en una ética de la convicción.

Según los autores, en el periodismo español se mezclan ambas éticas aunque, debido a circunstancias histórico-sociales específicas, predomina

peligrosamente la segunda de ellas: los periodistas (entiéndase algunos) se autoproclaman defensores de la democracia y la libertad y asumen estrategias de presión para influir en los gobiernos. Ello es debido tanto a la fortaleza y visibilidad de los medios de comunicación en España como a la debilidad de nuestras estructuras políticas, en especial después de la admirada quizá en exceso transición democrática.

La historia de nuestra prensa proporciona abundantes pistas para comprender sus peculiaridades actuales: la creación en 1895 de la Asociación de la Prensa de Madrid, y del Sindicato Profesional, en 1912, seguían el camino hollado por los colegas de otros países occidentales en la lucha por unas condiciones de trabajo menos míseras. Sin embargo, la tabla rasa (en algunos casos a la altura del cuello) impuesta desde 1938 truncó todas las inercias de construcción de una profesión periodística al uso y transformó el sistema informativo incipiente, según los criterios de los movimientos nazi-fascistas y soviéticos, en un departamento de propaganda al servicio del régimen: es la figura del periodista «apóstol» o «soldado», que, teniendo en cuenta el papel jugado por la Iglesia católica nacional durante la Guerra civil y el Franquismo, viene a ser lo mismo.

Tras la muerte del dictador y los inicios de la apertura, recomienzan en nuestro país los impulsos hacia una profesionalización del periodismo. Sin embargo, permanecen como hábitos la excesiva proximidad al poder político (estatal, autonómico y local), denunciada por los propios

informadores con el famoso término de *compadreo*. El periodista español es, además de lo que los especialistas estadounidenses llaman un *news junkie*, una especie de yonqui de la administración y de quienes la ocupan, y esta tendencia, con la comentada precarización laboral que vive esta profesión, no ha hecho más que crecer en los últimos años. El periodismo español se configura así como una «organización ideológica», híbrido de las dos tipologías weberianas, especialmente endogámica y clientelar en los mecanismos de reproducción y promoción interna: una especie de variedad suave de lo que Erving Goffman ha denominado «instituciones totales», sobre todo para las cohortes de jóvenes periodistas que se incorporan continuamente a los medios de comunicación (en posiciones muy precarias) y que están sujetos a una resocialización constante e incoherente, cuyos estragos en la personalidad se manifiestan en forma de frustraciones anómicas.

Divididos en dos orillas cada día más lejanas —una infantería condenada a la precariedad laboral y moral, al servicio permanente de cualquier patrón, y una *crème* imbuida de misiones históricas diferentes y contradictorias al respecto de la democracia y la libertad de expresión—, los periodistas son procuradores de un poder sin responsabilidad conferido por unas empresas gigantescas que asumen más y más funciones sociales, algunas de las cuales no pueden satisfacer sino en falso (por ejemplo la mencionada integración social consistente y democrática). Pero éstas no son contradicciones de los periodistas

o de los medios, sino de las sociedades en que ambos producen.

Paradójicamente, los periodistas españoles seguirán siendo algo menos que una profesión mientras no dejen de ser algo más que profesionales de la información. Aún más beckettiano—feliniano, si nos fijamos en algunas de las figuras del periodismo nacional— resulta ser el que el objetivo deseable, es decir que el periodismo sea sólo una profesión entre otras, tampoco depende demasiado de ellos.

*Algo más que periodistas* es un libro weberiano tanto en la salud, pues se trata de una reflexión serena y fundamentada empíricamente, como en la enfermedad, ya que parece cerrar en exceso las posibilidades de ruptura de ese círculo vicioso y oscila en ocasiones demasiado hacia el terrible (e inocuo) lamento moral, dibujando siquiera en troquel una nueva versión de la jaula dorada y olvidando (decir) que el futuro, también aquí, está en permanente cambio para mejor o para peor, y depende en buena medida, también aquí, de lo que los individuos —los periodistas y los ciudadanos— puedan, quieran y sepan hacer.

Los autores plantean una cierta analogía entre el clima cultural actual y el del Barroco. Si seguimos el paralelismo, tendremos que optar después entre una racionalidad académica y academicista, o *nuevo neoclásico*, y una racionalidad académica pero antiacademicista, quizá postmoderna, que podríamos llamar *neo-rococó*. Todo ello tal vez —aunque la historia nunca se repite igual, quién se resiste a caer por esta dulce pendiente— en el largo y azaroso camino hacia una nueva modernidad.